



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

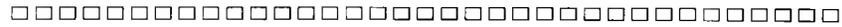
BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 11

CTX 109 HISTORIA DE LA IGLESIA I

Piñero, Antonio. “Heterodoxias y movimientos de renovación en la Edad Media”. En *Los cristianismos derrotados: ¿Cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heréticos y heterodoxos?*, 281-307. Madrid: Editorial EDAF, 2019.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.



Heterodoxias y movimientos de renovación en la Edad Media



EN esta parte abandonamos el ambiente de controversias intelectuales que había dominado los ambientes cristianos, en especial en el Mediterráneo oriental durante los siglos IV y V, más sus reminiscencias posteriores, para introducirnos en un mundo de cristianismos heterodoxos dualistas que son de algún modo herederos de **Marción**, de la **gnosis** y sobre todo de las ideas centrales del **maniqueísmo** en los conceptos básicos de la teología, y en los aspectos sociológicos herederos de los movimientos de renovación de la Iglesia que abogaban por una vida de pobreza, de ascesis y rigorismo, y por una neta oposición a la jerarquía establecida.

Trataremos, en primer lugar, de los herejes **paulicianos**, **mesalianos** y **bogomilos** que forman un arco unido de pensamiento cuyas apariciones en la historia se extienden ininterrumpidamente desde el siglo IV hasta el X y que, a su vez, tienen un fuerte nexo de unión con los **cátaros**, que será el penúltimo movimiento de cristianismos derrotados de los que trataremos en este libro. Un breve apéndice sobre el movimiento laico renovador de los **valdenses** cerrará nuestra perspectiva.

Se observa, por tanto, que en la zona mediterránea oriental pervive una corriente de pensamiento que considera al universo como creado no por una divinidad buena, sino por una potencia malvada. Los ortodoxos considerarán a menudo que el dualismo cósmico es una vía muerta del pensamiento cristiano, pero en realidad nunca acaba de desaparecer. Misteriosamente se van transmitiendo las ideas dualistas hasta alcanzar brotes llamativos durante por lo menos doce siglos de cristianismo. Además, restos de cátaros durarán por lo menos hasta el siglo XV y quizá más.

Igualmente se observa que los movimientos de renovación, con sus características de ascesis, pobreza y polémica antieclesiástica, tampoco murieron dentro de una Iglesia bien asentada en el mundo y con pocos enemigos exteriores.

Los bogomilos



Antecedentes

EL vocablo «bogomilo» está compuesto de dos palabras en búlgaro antiguo: *Bogu*, «Dios», y *milu*, deverbativo de *milobati*, es decir, cristianos a los que «Dios ama de modo especial» (en griego *teóphiloí*, que da en español el antropónimo Teófilo, o Amadeo; en alemán Gottlieb)¹⁷¹.

El problema técnico a la hora de exponer las características de este tipo de cristianismo es la falta de fuentes directas del propio movimiento bogomilo sobre sus orígenes. Se está de acuerdo, sin embargo, en que el llamado *Libro secreto*, o también *Interrogatio Johannis*, es el primer tratado que expone el auténtico pensamiento de este grupo. Se trata de un texto latino, conservado en dos manuscritos, del Archivo de la Inquisición de Carcasona, que lleva una glosa que afirma: «Este es el libro secreto de los herejes de Concorrezo (véase más adelante) traído desde Bulgaria por su obispo Nazario, y que está lleno de errores». Nazario, obispo cátaro, trajo el libro hacia el 1190 al norte de Italia desde Bulgaria y lo hizo traducir al latín.

Aparte de este libro, que presenta el mito dualista bogomilo de la creación del mundo y el destino de Satanás, tenemos otras noticias sobre el pensamiento de estos heterodoxos, sobre todo a partir de fragmentos de teología bogomila citados por los libros que los combatían, en especial la *Panoplia dogmática*, de Eutimio Zigabeno.

¹⁷¹ Según una etimología popular, parcialmente equivocada, la segunda parte del vocablo bogomilo sería *(po)miluij*, «ten piedad», *imperativo* de segunda persona singular de *(po) milobati* que traduciría el griego *eláison*, «Ten piedad».

El problema de este tipo de literatura antiherética, bizantina eslava y latina, es que no distingue bien entre los matices de las diversas herejías de paulicianos, mesalianos y bogomilos..., quizá voluntariamente para reducirlos a un esquema antiherético común y combatirlos mejor.

El origen de los bogomilos se halla, según muchos especialistas, en los restos de dos movimientos anteriores, mesalianos y paulicianos, por lo que conviene que nos detengamos un momento en ellos.

Mesalianos

Los **mesalianos**, que derivan su nombre del siríaco *mesallyane*, en griego *euchítai*, dos vocablos traducibles por «orantes», forman un grupo de cristianos pobres, ascetas e itinerantes poco conocido que nació a mediados del siglo IV en la ciudad de Edesa, que ya conocemos por su relación con Mani. A partir de ahí se extendieron por Asia Menor, llegando algunos grupos hasta Egipto. Las ideas teológicas de los mesalianos estaban recogidas en un volumen llamado *El libro ascético*.

Según Teodoreto, un historiador de la Iglesia (*Hist. ecles.*, IV, 10, 2), se los caracterizaba como «entusiastas», es decir, «poseídos por Dios», ya que Este se comunicaba con ellos —según afirmaban— por medio de visiones y ensueños. Eran pobres, ascetas y carismáticos itinerantes que rehuían todo trabajo manual y se dedicaban exclusivamente a la oración.

Los mesalianos se mostraban indiferentes a la filosofía, a la retórica, a la enseñanza de la Iglesia y a todo tipo de prácticas exteriores, y pensaban que el bautismo tenía poca eficacia contra el pecado original: en la contemplación de los misterios divinos y en la experimentación de la posesión del Espíritu estaba la salvación. Esta actitud de pasividad frente al mundo, el refugio en la oración y la creencia en una salvación por las plegarias y la ascesis (más la práctica de la pobreza) influyeron quizá en los bogomilos, y más tarde también en los cátaros.

Hay que señalar, sin embargo, que hay investigadores que dudan de la influencia de los mesalianos en el surgimiento del movimiento bogomilo, básicamente por varias razones. Primera porque no hay noticias de mesalianos en la Bulgaria del siglo X —donde nacen los bogomilos—; segunda, porque el posible «dualismo» mesaliano era solo de

tipo antropológico, no cosmogónico: la oposición Cristo-Satanás se refleja solo en el interior del hombre no en la creación del mundo, como en los bogomilos. Una tercera razón, que fomenta las dudas sobre el parentesco entre los dos movimientos, se basa en las diferentes concepciones de la ascesis. Para los mesalianos, la ascesis es temporal: dura mientras las raíces del mal estén en el interior del ser humano. Eliminadas estas raíces por la práctica, podría desaparecer la ascesis, pues no tiene ya sentido. Para los bogomilos, por el contrario, la ascesis no acaba nunca, pues el mundo malo de la materia existe continuamente, por lo que la actitud de oposición hacia él, la ascesis, se debe mantener siempre.

Hubo pocos mesalianos en Occidente, pero en el Oriente llegaron a ser tan mal vistos que el vocablo mesaliano se equiparaba sin más a «hereje». En los siglos VIII y IX, época de la disputa sobre el valor y la posibilidad de honrar las imágenes en las iglesias, muchos fieles sencillos confundieron a los mesalianos con los «iconoclastas» o destructores de imágenes, costumbre adoptada por paulicianos y bogomilos más tarde.

La Iglesia mayoritaria condenó a los mesalianos en el año 390 en el Concilio de Side, y solemnemente en el de Éfeso de 431. La secta fue perdiendo fuerza, pero noticias sobre grupos aislados de mesalianos subsisten hasta el siglo XII en la época del emperador Alexio I (1081-1118), e incluso más tarde. Según algunos estudiosos, el mesalianismo como movimiento de pobres, ascético, espiritualista o carismático, de rechazo de la mundanidad de la Iglesia, se mantuvo vivo hasta la última Edad Media en Oriente.

Paulicianos

Los **paulicianos** son neomaniqueos. Profesaban, por tanto, que el universo está regido por la oposición entre el Bien y el Mal, el Espíritu y la Materia, dos principios enfrentados que existen desde siempre (véase la doctrina del **maniqueísmo** en pp. 205). Parece que los paulicianos surgieron en el siglo VI en Asia Menor, zona siempre muy en contacto con el Oriente babilónico e iranoperso, por lo que la influencia de las iglesias maniqueas era muy plausible. Luego se extendieron rápidamente entre toda suerte de pueblos hasta los Balcanes. Otros in-

vestigadores, sin embargo, opinan que los paulicianos nacieron al siglo siguiente en Armenia.

No se conoce exactamente quién fue el fundador del grupo, pues los nombres que dan las fuentes se refieren a personas diversas. Se afirma que veneraban especialmente a Pablo de Tarso y quizá de ahí su nombre. Otros opinan —como ya señalamos— que su fundador era un tal Pablo, hijo de Gallínico.

Sí es seguro que formaban un grupo compacto a mediados del siglo IX en Bizancio y que fueron perseguidos por la emperatriz Teodora II en esa época, la cual hizo perecer a muchos de ellos. Entonces huyeron en masa hasta Bulgaria, refugiándose allí de las persecuciones. Es curioso que a lo largo del siglo IX los paulicianos formaron su propio ejército con el que hostigaron al Imperio bizantino, hasta que este los derrotó militarmente a finales de ese siglo. Hacia comienzos del siglo XII el emperador Alexio I emprendió su conversión al catolicismo a la fuerza, lo que hizo que desapareciera la secta.

Conocemos las líneas generales de la teología de los paulicianos gracias a un personaje bizantino llamado Pedro Sikeliotes (el «siciliano» o «sículo»). Su principio fundamental es muy parecido al de los maniqueos: en los orígenes existían dos principios contrapuestos, una divinidad malvada, creador y dominador de este mundo, y un Dios trascendente, quien solo al final de los tiempos resultará victorioso. Los paulicianos parecen ser herederos de **Marción** por su rechazo del Antiguo Testamento, al que consideraban producto de la divinidad malvada, no de la Buena. Al igual que la materia, el cuerpo del ser humano procede también del Principio del Mal.

Respecto al Revelador Jesucristo albergaban ideas **docetas**: el cuerpo de este había sido mera apariencia. María, su madre, había alumbrado solo la vestidura corporal externa del Cristo. Consecuentemente rechazaban cualquier culto mariano y, sobre todo, el bautismo y la Eucaristía en el nombre de Jesús. El primero porque no se puede bautizar en nombre del Cristo carnal, y la segunda por la inutilidad de la ingestión de la carne o cuerpo apariencial de Cristo. La importancia de Jesucristo residía en sus doctrinas morales. Los paulicianos se oponían también a las estructuras de poder y a la jerarquía eclesíástica, aunque aceptaban una especie de guía suprema espiritual. Su liturgia consistía en oraciones en común bajo la dirección de un presidente.

Según muchos investigadores, algunas nociones de los paulicianos son de algún modo recogidas por los bogomilos y —al igual que ocurría con los mesalianos— los ideales de pobreza y ascetismo se transmiten también a los bogomilos.

Primeras noticias sobre los bogomilos

Entre los siglos VIII y X, y por circunstancias diversas, llegaron a la parte tracia de Bulgaria un gran número de paulicianos, que formaron al parecer la base del futuro movimiento bogomilo. Ahora bien, las primeras noticias estrictas de bogomilos son de la primera mitad del siglo X: hacia el 940 el patriarca Teofilacto de Constantinopla recibe noticias del rey Pedro de Bulgaria que existe en ese reino «una nueva herejía».

Los bogomilos debieron de extenderse pronto y con gran fuerza, porque ya en el 972 conocemos el primer *Tratado contra la herejía de los bogomilos*, compuesto por un sacerdote llamado Kosma, Coseme, en lengua búlgara. Este presbítero afirma, además, que el fundador era un clérigo, cuyo sobrenombre era Bogomil, que vivió durante el reinado del rey Pedro (927-969)¹⁷². Su movimiento nació, según Kosma, en las zonas tracia y macedónica de Bulgaria, en concreto en torno a la ciudad de Filipópolis (hoy Plovdiv).

Doctrina de los bogomilos

Sea cual fuere exactamente su nacimiento, las ideas centrales de los bogomilos son las siguientes:

Como en el **maniqueísmo**, en los orígenes existen dos principios iguales, el Bien y el Mal, Dios y Lucifer. Hay también una variedad

¹⁷² Kosma dice exactamente así en su libro: «En los años del piadoso zar Pedro hubo un pope de nombre Bogomil (Bogumil), y a decir verdad a Dios no amó, el cual empezó por vez primera a enseñar la herejía en tierra búlgara. ...». En nuestra opinión la noticia tiene toda la apariencia de ser legendaria. Nos parece más probable que hubiere un pope que enseñó la herejía de «los verdaderos amantes de Dios» o «los amados verdaderos por Dios» y que más tarde le asignaron como nombre propio lo que no era sino designación de la secta.

más atemperada de este dualismo que afirma que en los orígenes existía un solo Principio, Bueno, pero que —por causas diversas— generó a Lucifer y a los cuatro elementos (agua, fuego tierra y aire), es decir, materiales, y por tanto, perversos. Una vez ocurrido esto, como contrapartida, el Principio Bueno generó también al Cristo. A partir de los cuatro elementos, Lucifer fue el causante de la creación del universo, que es por tanto malo.

La generación de los seres humanos es mixta y procede tanto del Buen Principio como del Malvado. Creada la primera pareja por obra de los dos Principios —el alma, de algún modo, procede del Bueno; el cuerpo, por el contrario, del Malo—, Lucifer sedujo a Eva y engendró de ella a Caín. Muerto Abel sin descendencia, todo los humanos son malos porque descienden de Caín. El Principio Bueno envió a Cristo a la tierra para la redención del hombre, ya que en parte procede también del Bien. Aunque Cristo se parezca a los humanos en su cuerpo, esto es engañoso, sin embargo: su cuerpo fue solo apariencial (reaparece el **docetismo**). Por tanto, no hubo verdadero sacrificio en la cruz. Consecuentemente, no hay que adorar o venerar la cruz, ni tampoco cualesquiera otra imágenes: los bogomilos son decididamente iconoclastas.

Los bogomilos, como los marcionitas y paulicianos, rechazaban el Antiguo Testamento, como producto del Espíritu malo, pero se diferenciaban de estos en que no lo reprobaban en bloque sino que aceptaban algunos de sus libros, como los Salmos y los Profetas. El Nuevo Testamento era admitido como sagrado, pero su interpretación debía ser alegórica. Normalmente, los bogomilos lo alegorizaban en el sentido de la concepción dualista, ya mitigada, ya rigorista: hay dos hijos del Principio Bueno: Cristo y Lucifer. Esta verdad se halla expresada alegóricamente en el capítulo 15 del Evangelio de Lucas: la parábola de los dos hijos, el pródigo y el fiel. El que Lucifer fuera «hijo de Dios» explica que algunos bogomilos tuvieran un cierto culto a Satán, como testimonia el erudito y cronista bizantino Miguel Psellos en el siglo XI, por lo que los enemigos los consideraron «satanistas».

El rechazo del mundo y de la materia llevaba también a los bogomilos a proscribir la procreación y el matrimonio. Como prácticas de una Iglesia corrupta y como ritos de origen dudoso, rechazaban también los sacramentos, bautismo y eucaristía, y como los mesalianos se

concentraban en la oración como medio más propicio para obtener la salvación. La recitación del Padrenuestro era el mejor sacramento para los bogomilos. El bautismo de la Gran Iglesia no procedía de Cristo, sino de Juan Bautista; por ello, los bogomilos tenían su propio bautismo que denominaban —antes que los cátaros— «consuelo», latín *consolamentum*. Quizá haya que interpretar más complejamente este sacramento y entenderlo más bien como un verdadero «rito de iniciación» en la secta.

Aparte de ser un fenómeno religioso, diversos investigadores consideran que el movimiento bogomilo nació como el reflejo social de la desesperación de las masas en la Bulgaria de la época ante la dureza de la vida, ante la creciente feudalización de las relaciones entre señores y pueblo —con el empeoramiento de las condiciones de vida de las clases inferiores—, y ante la contradicción entre la vida real de los jerarcas de la Iglesia y la predicación del Evangelio.

Ahora bien, todo este rechazo no se concretizó en una «lucha de clases», sino sobre todo en una consideración religiosa pesimista del mundo y del ser humano, obra de Satanás, ante lo cual la resignación y la huida era mejor que la resistencia activa. En esto se diferenciaban profundamente de los paulicianos, que mantenían una actitud guerrera frente a sus adversarios religiosos. Igualmente más tarde los cátaros. El rechazo de los sacramentos, de la liturgia y de la jerarquía de la Iglesia oficial con sus enseñanzas es una muestra también de esta actitud negativa.

En síntesis, y como y hemos señalado repetidas veces, volvemos a encontrar de nuevo un movimiento de pobres, con ciertos rasgos ascéticos —la negación de la sexualidad— enfrentados a la jerarquía eclesiástica, aunque fuera pasivamente.

Extensión del movimiento bogomilo. Su relación con los cátaros

En primer lugar, los bogomilos se extendieron en el siglo XI por el corazón del Imperio bizantino, ya que desde 1018 Bulgaria entró a formar parte de él. El acrecentamiento de las relaciones comerciales entre Constantinopla y Bizancio hizo que los comerciantes fueran un ins-

trumento de transmisión de ideas bogomilas. En Constantinopla se sintieron atraídos hacia este movimiento dualista una parte de los monjes —incluso concepciones bogomilas llegaron más tarde hasta algunos miembros de los prestigiados monasterios del Monte Atos, bien lejos de la capital— y del alto clero, más algunos aristócratas, lo que hizo que los bogomilos tuvieran en la capital características ideológicas más «suaves»: se potenció el dualismo mitigado que insistía en que Satanás y Cristo eran ambos hijos del Dios supremo. Se vio a este como una suerte de monarca supremo con dos hijos poderosos y muy diferentes, Cristo y el Diablo (resabios del **monarquianismo**, o **sabelianismo**, antiguo) y se rechazó el que Satanás y el Bien pudieran ser dos principios iguales en poder (al contrario que en el maniqueísmo).

De cualquier modo, los bogomilos pronto fueron perseguidos por la Iglesia oficial bizantina. El tratado contra los bogomilos que anteriormente mencionamos, la *Panoplia dogmática* de Eutimio Zigameno, fue compuesto y difundido por encargo imperial, del emperador Alejo I Comneno [1081-1118]. Esta suavización del dualismo inicial más rígido llevó a un cisma e hizo que en Bulgaria misma los bogomilos se dividieran en dos «iglesias»: la que defendía el dualismo riguroso (llamada en latín *Ecclesia Dragovitsae* o *Drugontiae*) y la que admitía el dualismo mitigado (*Ecclesia Bulgariae*).

Aparte de Constantinopla y otros territorios bizantinos, los bogomilos ampliaron sus dominios en las tierras de los países vecinos como Serbia, Bosnia y Herzegovina. Al siglo siguiente se habían extendido ya por Asia Menor, donde los adeptos de esta visión heterodoxa se llamaron a sí mismos verdaderos «ciudadanos de Cristo».

En el siglo XIII hay noticias de comunidades bogomilas en la Lombardía italiana y en el sur de Francia, donde se mezclaron con los **cátaros**. Muchos investigadores creen probado que en el origen del catarismo desempeñaron un gran papel los bogomilos, como parece demostrarse por la fusión de los miembros de ambos grupos, y ante todo por la semejanza de las ideas: doctrinas y ritos fueron similares, como veremos. De hecho, a los cátaros (y a los albigenses, o cátaros del sur de Francia) se los denominaba despectivamente «búlgaros» (bulgri, burgari, bougres). Un antiguo cátaro, Raniero de Sacchoni, en una obra denominada *Summa de catharis* (Manual de cátaros), afirma expresamente la profunda relación entre ambos grupos de cristianos heterodoxos.

Se sabe también que en 1167 un obispo bogomilo, Nicetas de Constantinopla, reunió en San Félix de Caraman, cerca de Toulouse, un concilio de altos representantes de bogomilos y cátaros —de Lombardía, norte de África, norte de España (Valle de Arán) y sur de Francia— en donde se decidió la fusión de ambas comunidades, con nuevos obispos, por cierto unidas en la defensa de un dualismo radical, no moderado, al estilo de la «Iglesia de Drugontia» en Bulgaria.

En la Lombardía, por el contrario, no se alcanzó la unidad, sino que los grupos de bogomilos y cátaros fusionados se dividieron a su vez en dos comunidades. Una defendía el dualismo moderado y se llamó Iglesia de Concorrezo, que ya mencionamos, y otra adoptó el dualismo rígido y duro al estilo de la Iglesia de Drugontia y se denominó *Ecclesia Albanensium*, la iglesia de los albanos.

Los bogomilos orientales, de Bulgaria, y países yugoslavos sobre todo perecieron junto con los de Constantinopla en los ataques de los turcos musulmanes (1393, Bulgaria; 1445-50, Bosnia; 1453, Constantinopla) que procuraron acabar con los cristianos indiscriminadamente.

Los bogomilos de Occidente, unidos a los cátaros, sufrieron las persecuciones anticátaras de los Estados y la Inquisición desde los inicios del siglo XIII en adelante, en la que fueron seriamente diezmados. Ello condujo a su decadencia y desaparición paulatina.

He aquí en resumen las ideas principales de los bogomilos y su contrapartida ortodoxa:

VENCIDOS	VENCEDORES
<ul style="list-style-type: none"> • En los orígenes existen dos principios iguales, el Bien y el Mal. Hay una versión moderada de este dualismo: existe solo en los orígenes un Principio bueno, con dos «hijos»: Cristo y Lucifer = Espíritu bueno y malo. 	<ul style="list-style-type: none"> • En los orígenes solo existe un Dios, único y bueno.

- | | |
|--|--|
| <ul style="list-style-type: none">• Lucifer fue el causante de la creación del universo —a partir de la materia de los cuatro elementos—, que es por tanto malo.• La generación de los seres humanos es mixta y procede tanto del Buen Principio como del Malo. La humanidad actual es mala pues procede de la descendencia de Caín.• Rechazo del Antiguo Testamento, como producto del Espíritu malo, pero no en bloque; se aceptan algunos de sus libros: los Salmos y los Profetas.• El Nuevo Testamento se admite como sagrado, pero su interpretación debe ser alegórica, normalmente en el sentido de la concepción dualista mitigada de los principios divinos (hay dos hijos del Principio Bueno, Dios: Cristo y Lucifer).• Se rechazan los sacramentos, en especial el bautismo y la eucaristía. El bautismo no procede de Cristo, sino de Juan Bautista;• El rechazo del mundo y de la materia lleva a proscribir la procreación y el matrimonio. | <ul style="list-style-type: none">• El único creador del cielo y de la tierra es el Dios bueno, que lo hace de la nada.• La generación de los seres humanos procede exclusivamente del Dios bueno. La humanidad actual está afectada por un pecado original, pero no desciende solo de Caín.• El Antiguo Testamento es también la Biblia de los cristianos en todas sus partes. Su interpretación es unas veces literal y otras alegórica. La llave de la interpretación está en la Iglesia.• La interpretación del Nuevo Testamento es independiente de todo dualismo. La encargada de su exégesis es la Iglesia.• Los sacramentos son de institución divina.• El mundo y la materia no son en sí malos, pues fueron creados por Dios. El matrimonio y la procreación son de institución divina, por tanto buenos. |
|--|--|

Los cátaros



EN la historia de los cristianismos alternativos aparecen los cátaros por vez primera, y con este nombre, en el año 1163 en la zona de Colonia, Alemania. Pero su trayectoria era ya larga en esos momentos, pues sus orígenes inmediatos hay que situarlos muy al principio del siglo XI unos ciento cincuenta años antes, probablemente en el sur de Francia.

El nombre de cátaros (griego *katharoi*, «puros», es decir cristianos de vida pura) nos es ya conocido porque los discípulos de **Novaciano** adoptaron para sí esta denominación (véase p. 278) y tras ellos también los **donatistas**. Los cátaros mismos, aunque utilizaban este nombre, gustaban denominarse «buenos cristianos» o simplemente «cristianos», indicando así que los adeptos de la Gran Iglesia, muy corrompida y de doctrina errónea, no lo eran. Su impulso como movimiento alternativo durante los siglos XI a XIV fue tan grande que al apelativo de «cátaros» pasó a significar «hereje» por antonomasia en algunos lugares y lenguas. Así en alemán, donde el griego *katharós*, germanizado como *Ketzer*, significó «hereje» sin más.

Origen de los cátaros

Como los **novacianos** y **donatistas**, los cátaros fueron en principio un movimiento de restauración o renovación de la Iglesia, con la diferencia de que lo predominante en él eran los *laicos*, no el clero. Como luego los valdenses, con los que en principio no tienen ideológicamente nada que ver, rechazaban la vida de lujo de la mayoría de los miembros del clero, al que veían apegado a los bienes materiales.

La teología peculiar cátara debió de ser mínima en los principios: predicaron que lo material era malo; que lo espiritual era lo único importante; que había que practicar una vida austera y ascética como los cristianos primitivos. Parece, por tanto, que al principio mantenían una teología dualista elemental: la oposición entre el Bien y el Mal como explicación de lo que ocurre en el mundo. Visto desde nuestra perspectiva histórica, ello significa que la doctrina dualista esencial de los movimientos gnósticos cristianos desde el siglo II —la radical confrontación del mundo del Espíritu, arriba, y de la materia, abajo— nunca había desaparecido en el cristianismo popular, aunque a partir de los siglos V/VI no se oiga hablar expresamente de sistemas gnósticos activos en el cristianismo y parecieran haber desaparecido por completo.

Unos cien años más tarde, en pleno siglo XII, este grupo de cristianos «puros» contaba ya con una teología dualista mucho más desarrollada y compleja. Probablemente, la oposición de la Iglesia oficial a un movimiento renovador tan crítico con sus estructuras les habría obligado a precisar su dualismo, y el contacto y la asimilación —como dijimos en el capítulo anterior—, con los bogomilos hizo el resto.

Por tanto, puede decirse que el origen y fuente del catarismo es complejo. Proceden de:

- Movimientos laicos de **renovación** de la Iglesia, que manifestaban fuertes críticas al comportamiento del clero, en especial a su vida regalada y a su apego a las riquezas.
- Una teología de la pobreza y de la ascesis como signo externo del cristianismo auténtico (idea que no se perdió nunca en la Iglesia desde los **ebionitas**).
- Una teología dualista —oposición radical Bien/Mal— presente en la Iglesia desde el **gnosticismo** y nunca desaparecida del todo. El dualismo formó la base ideológica de **maniqueos**, **paulicianos** y finalmente los **bogomilos**, de quienes son continuación los cátaros.
- Una asimilación con los bogomilos, lo que dio como resultado una teología dualista más desarrollada. Esta fusión contribuyó a consolidar el sistema teológico del catarismo.
- El contacto con los **valdenses** los reforzó en su convicción de la necesidad de predicar a favor de su movimiento de renovación.

Una vez que los fieles habían accedido desde el primer grado de «creyentes» al de «perfectos» (véase más adelante) pasaban a ser predicadores natos de la nueva fe.

Doctrina cátara

Estos orígenes complejos producen una doctrina complicada que varía de unas «iglesias» cátaras a otras. Sin embargo, pueden trazarse ciertas líneas de pensamiento comunes. Son, en síntesis, las siguientes:

En líneas generales, los cátaros abrazaban un dualismo ontológico y cósmico radical: existía una oposición esencial y desde el principio entre el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, el Ser y la Nada, el Espíritu y la Materia. Se partía de la noción de que es imposible que la divinidad, eterna, perfecta e infinita, pudiera tener algo que ver con lo material, imperfecto y finito. Así pues, en los orígenes hay dos principios subsistentes en sí: Dios es el Principio bondadoso, origen del universo espiritual, bueno. Pero tiene un oponente necesario, el Principio malvado, origen del universo material, malo.

Estos dos Principios no son, sin embargo, iguales: solo al Buen Principio se puede llamar propiamente «Dios» y es una entidad personal. Este Buen Principio solo tiene una limitación: no puede desear o hacer el mal.

El Mal Principio no está personificado en el catarismo, sino que es en origen la Pura Nada: es como la reflexión en la nada del Buen Principio. Ahora bien, es preciso señalar que esta Nada tiene necesariamente una existencia como contrapartida absoluta y necesaria del ser del Buen Principio. Los cátaros pensaban que esta verdad estaba misteriosamente revelada en el Evangelio de Juan 1, 3, entendido de un modo peculiar: «Todas las cosas fueron hechas por él y sin él se hizo (también la) Nada»... Por tanto —y aunque en apariencia sea contradictorio—, la Nada es algo «existente», que procede de algún modo de Dios, pero a la vez es independiente de Él. Por ello, debe decirse también que la Nada tuvo un principio..., y consecuentemente tendrá un fin.

Los dos Principios son por su propia esencia generadores. Hay, por tanto, dos creaciones: una buena y otra mala; a cada manifestación divina corresponde otra malvada en el reino del Mal. Debe sostenerse,

pues, que no solo el Bien crea, sino también la Nada. Esta crea el mal en su intento de llegar a ser «algo», una entidad que tenga algo de «ser» como lo es el Bien.

La primera manifestación hacia fuera del Bien son el Hijo y el Espíritu Santo. Estos no son propiamente «Dios» como el Principio Bueno, sino que reciben de él secundariamente la «divinidad». Los cátaros considerarán que esta «divinidad» es de una clase o categoría más o menos como la de los ángeles. Por eso, a veces piensan que el Espíritu y Cristo/Hijo son ángeles buenos superiores.

La manifestación hacia fuera de la Nada es Satanás. Como «corporización» de la Nada su misión es aniquilar, destrozar, engañar, reducir a nada.

La lucha entre el Bien y el Mal es explicada por los cátaros por una serie de mitos, que en principio tienen su origen en el Antiguo Testamento interpretado simbólicamente. Aunque para muchos cátaros, como para **Marción**, el Antiguo Testamento es un producto de la «divinidad» malvada, pueden extraerse de él verdades, que el Malvado solo expresó tergiversadamente. Por ello, hay que entenderlo con una recta exégesis... alegórica naturalmente. Respecto al Nuevo Testamento, es el Evangelio de Juan el que proporciona mayor información sobre la lucha del Bien y del Mal, del Espíritu y de la Materia, del Arriba y del Abajo, del reino de la Luz y del de las Tinieblas. Y, por otro lado, es el Evangelio de Marcos el que mejor información presta sobre el Cristo/Ángel en su aparición humana, como veremos luego.

Para la mayoría de los cátaros no existe la creación a partir de la nada, sino desde una sustancia previa, cuyo origen es oscuro, pero cuyo principio tiene que ser el Mal. Son los cuatro elementos —aire, fuego, tierra y agua— de los antiguos filósofos presocráticos y de los bogomilos que —según los cátaros también— existían desde toda la eternidad, pero que el Mal se los apropia.

La creación del hombre se explica por acción del Principio malvado del modo siguiente. Satanás, como su representante, logra con astucia penetrar en el reino del Espíritu y engañar a ciertas entidades divinas subordinadas, los ángeles, almas en sí puras, con distintas promesas engañosas. Algunos de ellos caen en la trampa y son seducidas, por lo que a través de un agujero del cielo dan con sus «cuerpos» en el ámbito de la materia. Sin embargo, no toda su sustancia cae, sino

que una parte de ella —denominada a veces por los cátaros «cuerpos gloriosos»— queda en los cielos.

Este remanente tendrá su efecto en la redención futura, que consistirá, como veremos, en la unión de nuevo de ese resto celeste con la «parte» caída que debe retornar al cielo, donde se halla el resto. Toda esta concepción es claramente **gnóstica** y va unida a noticias del Antiguo Testamento que los cátaros admiten gracias a la alegorización. Así, por un lado, ven en el Antiguo Testamento huellas y autoría de Satanás —concebido como el Demiurgo de este mundo—; por otro, creen que por medio de la exégesis alegórica se pueden obtener de él ciertas informaciones fidedignas. Ambas realidades cuadran bien con una mentalidad gnóstica.

Las almas de los ángeles caídos después de su pecado se transforman en «almas perdidas» que vagan en las regiones aéreas. Muchas de estas almas forman el grupo de los ángeles malos, caídos, al servicio de Satán. Pero no todas quedan a su servicio. A esas, y para lograr que olviden su origen divino, Satán las dota de un cuerpo material. Así surgen los seres humanos, compuestos naturalmente de alma, divina —preexistente, pues proviene de los ángeles—, y de cuerpo, material, cuyo origen es satánico.

Por ello, en el hombre se da también un dualismo: el alma pertenece al reino celeste y el cuerpo al terrestre, o de Satán. Para los cátaros, el ser humano posee también «espíritu» —difícil de distinguir del alma, de la que quizá sea la parte superior— que procede también del espíritu que tenían los ángeles caídos. En realidad, esta antropología es igual a la de la gnosis, y se inspira en último termino, como aquella, en las tres divisiones del alma del *Timeo* de Platón.

La mezcla de alma más espíritu hace que en realidad en el hombre predomine lo espiritual. Esto explica la inclinación natural de los humanos hacia el bien. Esta antropología triple —cuerpo, alma, espíritu— explica también que los cátaros creyesen en la transmigración de las almas, la «metempsícosis»: por medio de varias vidas puede el alma/espíritu alcanzar la necesaria purificación de modo que recuerde plenamente su origen celeste y se esfuerce por regresar a él. Tras el regreso, el alma purificada se unirá en el Paraíso con su otra parte —la que nunca dejó el cielo— que la esperaba allí.

El Buen Principio desea salvar a los ángeles caídos y las almas de ellos desprendidas. El sistema es enviar a la tierra a un «ángel» bueno,

una emanación del Principio del Bien, dispuesto a sufrir por sus congéneres. Este ángel es Cristo. Para asemejarse a los humanos, Cristo adquiere un cuerpo apariencial. Por ello, sus milagros carnales no son verdaderos milagros, ni tampoco su muerte en la cruz (**docetismo**). Con su revelación verdadera, Cristo libera del poder de Satán. Sin su misión los hombres no llegarían a ser puros, es decir, cátaros, condición para salvarse. Los perfectos reconocen y veneran a Jesucristo solo en cuanto que es como su hermano mayor, un alma perfecta engendrada también por el Buen Principio, solo que de un ámbito o naturaleza superior. Cristo instituye también el máximo sacramento de los cátaros, la consolación o *consolamentum*¹⁷³.

El *consolamentum* solo se administraba después de un largo espacio de tiempo de preparación ascética, uno o más años. Gracias a este sacramento los hombres reciben el Espíritu, se convierten en «perfectos», buenos cristianos, iguales a Cristo, y son llamados a una vida nueva. En realidad se espiritualizan casi por completo, pues el perfecto se une ya desde el momento de recibir el *consolamentum* a su contrapartida o espíritu celeste, su «mellizo», que lo espera en el Paraíso, como antes dijimos. El *consolamentum* proporciona la certeza de haber obtenido ya la salvación, con lo que se evita cualquier reencarnación posterior. En verdad, los perfectos son también transformados en verdaderos hombres libres, pues ya no pueden hacer el mal. El libre albedrío es en el fondo una obra de Satán, pues permite hacer el mal, lo que es contra Dios. Al tener plena conciencia de su origen divino, el ser humano no puede ya pecar. Tras la muerte, los justos hacen completa y perfecta la unión previa con su espíritu celeste aquí en la tierra y esperan en el cielo intermedio —una especie de Paraíso aún no definitivo— el juicio final.

Se conoce en líneas generales cómo discurría el ritual del *consolamentum*, que era en verdad un rito de iniciación gracias al cual el creyente se convertía en verdaderamente «puro». En primer lugar, el obispo u oficiante hacía un resumen de la doctrina cátara y se exigía del aspirante una promesa de fidelidad a ella hasta la muerte, si preciso

¹⁷³ Título inspirado en Rom 1, 12 («... para ser mutuamente confortados en la fe que nos es común a vosotros y a mí») y Col 2, 2 («para que sean consolados sus corazones unidos en el amor...»).

fuera. Luego se recitaban plegarias, en las que ocupaba lugar preferente el Padrenuestro. Posteriormente venía la enumeración de otros compromisos asumidos por el aspirante a perfecto y, tras una confesión pública, la concesión del perdón a los pecados cometidos anteriormente. Al final tenía lugar la imposición de las manos, tanto del oficiante como de otros perfectos que asistiesen a la ceremonia, con lo que el nuevo iniciado recibía plenamente el Espíritu.

El momento definitivo de la salvación era para los cátaros el fin del mundo, aunque este era concebido de diversas maneras. Unos pensaban que el universo subsistiría hasta que la última porción de los ángeles caídos, el alma del último ser humano, se convirtiera al catarismo y recibiera el *consolamentum*. Otros sostenían que el juicio y la duración del mundo eran un misterio que quedaba solo en manos de un Dios misericordioso. Pero todos coincidían en que en realidad se condenarían muy pocos: solo aquellos que persistieran en una actitud absolutamente desesperada respecto a Dios y nada quisieran saber de Él. La desesperación y la desconfianza hacia la divinidad buena era para los cátaros el peor y el único imperdonable de los pecados.

Tras el juicio final, unos cátaros pensaban que la materia, en una conflagración de fuego y azufre, sería destruida totalmente, es decir, volvería a la nada, su ser natural. Otros pensaban que quizá ese «final» no habría de llegar nunca: habría eternamente una lucha entre el Bien y el Mal.

Sea esto como fuere, la mayoría de los cátaros pensaba que las almas de los justos ya fallecidos pasarían del Paraíso intermedio —el anterior al juicio final— al definitivo y entrarían de lleno en el Reino de Dios, el Principio Bueno. Los ángeles caídos podrían también participar de esta salvación si aceptaran voluntariamente abandonar su ser malvado, la nada, y cambiarse al reino del amor, o del verdadero ser. En realidad no hay para los cátaros más infierno que estar caído en la tierra y ser prisionero de la materia. La concepción —antes mencionada— de algunos cátaros, a saber, que no habría un fin del mundo, se explicaría porque en realidad para ellos no existe el infierno eterno. Tanto los ángeles malos como los hombres que se nieguen a escuchar el mensaje de la pureza permanecerán eternamente en esta tierra, en la materia: esta es su Infierno. Tampoco hay Purgatorio, porque la purificación se logra en la tierra gracias a los esfuerzos de las almas en las

sucesivas reencarnaciones. Un caso especial de metempsícosis conocida es el de Adán que se reencarna en Moisés, en los patriarcas y en los profetas.

La comunidad o «iglesia» cátara

La comunidad de los cátaros, como la de los **maniqueos** (véase p. 214), se dividían en «perfectos», o buenos cristianos, y en simples «creyentes».

Los primeros eran los que habían recibido el *consolamentum*. Estos llevaban una vida fuertemente ascética: se abstendían de carnes y otros alimentos generados sexualmente, ayunaban con frecuencia y renunciaban por completo a la sexualidad.

Los que escuchaban sus prédicas y aceptaban la teología cátara eran los «creyentes», que se podían preparar para recibir el *consolamentum* mientras aún vivían en medio de ciertas exigencias de la vida material. Los creyentes debían reverencia a los perfectos. Esta reverencia se llamaba «mejora», o *melioramentum*. En caso de enfermedad grave podían recibir los creyentes un *consolamentum* especial destinado a los moribundos. No era extraño, al parecer, que tras recibirlo practicaran un forzado ayuno (*endura*) para asegurar la muerte y, así, la liberación de la materia.

Otro rito de los cátaros era una suerte de penitencia para los pecados no graves, denominada *apparellamentum*. Si algún perfecto cometía una falta grave, debía recibir de nuevo el *consolamentum*. También existía la fracción del pan como muestra de comunión, aunque no con el sentido eucarístico de los católicos.

Los cátaros constituían «iglesias» o comunidades de verdaderos cristianos. A su frente había cargos, a semejanza de los acostumbrados en la Iglesia primitiva. Por ello, había obispos que ocupaban el primer puesto y actuaban como maestros del grupo. El cargo más activo era el de diácono, pues se ocupaba de la salud espiritual, de la «pastoral» de los creyentes y de la disciplina del grupo.

Los cátaros mantenían también una suerte de «hospicios» en los que enseñaban sus doctrinas teológicas a los creyentes que se preparaban para el *consolamentum*, y en los que vivían, separadas, grupos de mu-

jes perfectas. Las mujeres eran consideradas tan perfectas como los varones, una vez recibido el *consolamentum* y apartadas así de la materia. Podían enseñar a los creyentes igual que aquellos: la diferencia sexual no desempeñaba papel alguno entre los cátaros, pues las almas no tenían sexo. Pero aunque se sabe que las mujeres podían presidir los «hospicios» femeninos, impartir el *consolamentum*, enseñar a creyentes masculinos y recibir de ellos el *melioramentum*, no se conoce de hecho el nombre de ninguna obispa o diaconisa.

Cada iglesia cátara era autónoma y no tenían arzobispo que tuviera jurisdicción alguna sobre varios obispos. Los cátaros eran asamblearios, de modo que el concilio de los perfectos estaba incluso por encima del obispo.

La lucha anticátara de la Gran Iglesia

Los cátaros constituyeron desde los primeros momentos un gran peligro para la Gran Iglesia. La comunidad religiosa de los cátaros conseguía sus adeptos más por el ejemplo moral de una vida pobre, devota y ascética que por sus doctrinas, que por otra parte estaban más centradas en el Espíritu —recibido por la imposición de las manos— que en una devoción al Cristo angélico. La ausencia de Purgatorio e Infierno, la posibilidad de salvarse a largo plazo como «creyentes», sin la obligatoriedad de hacerse «perfectos» de inmediato, el espíritu asambleario, que hoy, con las debidas cautelas, podría denominarse «democrático», y que rechazaba las estructuras dominadoras del poder eclesiástico establecido, fueron una enorme atracción para las gentes. La ausencia de un clero estricto en la iglesia cátara, el formar una comunidad de laicos, fue también un atractivo para los oyentes.

Por todo ello, la Gran Iglesia se sintió al principio impotente ante este movimiento con gran arraigo popular que le arrebató fieles en gran número en el sur de Francia y norte de Italia. De nada valían disputas teológicas con los herejes, condenas o excomuniones, por lo que la jerarquía buscó otros remedios: el arma verdadera contra los cátaros fue una triple actuación en otros ámbitos. En primer lugar, la fundación de dos órdenes mendicantes: las de los dominicos y franciscanos, por Santo Domingo de Guzmán (1170-1221); la fundación de la orden

tuvo lugar en 1216) y san Francisco de Asís (1181-1226; fundación de la orden en 1209), que incorporaron en sus reglas respectivas parte de la espiritualidad de los heterodoxos: una vuelta a la pobreza de los tiempos primitivos de la Iglesia, una vida ascética y sencilla, un gran contacto con el pueblo y una predicación encendida e itinerante que buscaba y atraía a sus oyentes por cualquier tipo de población.

La segunda arma fue el establecimiento de la Santa Inquisición (1231), que —entregada muy pronto en manos de los dominicos— desempeñó un papel importante en la búsqueda y puesta en prisión de los cabecillas de la heterodoxia triunfante. Otra de sus misiones, que cumplió con gran éxito, fue el de entregar a la hoguera los libros de doctrina cátara —o de cualquier heterodoxia— que encontrara en poder de los herejes.

Por último, la Gran Iglesia empleó el arma cruenta de la guerra contra las milicias de los herejes que se habían formado en el sur de Francia. Las hostilidades entre tropas del papado y los cátaros —que en el sur de Francia se llamaron «albigenses» porque su sede principal estaba en la ciudad de Albi— comenzaron en 1181. En 1209 el papa Inocencio III declaró formalmente la guerra a las milicias de los herejes cuando le llegaron noticias de que su legado, Pedro de Castelnau, había sido asesinado por ellas. Esta guerra tuvo la denominación papal de «cruzada» (la cruzada contra los albigenses) y fue la primera vez que se llevó a cabo una empresa semejante en tierras cristianas y contra cristianos. Duró hasta 1224, con la famosa toma del castillo de Montségur por las tropas pontificias al mando de Simón de Montfort, y el suicidio en masa de los últimos defensores, que se lanzaron al fuego purificador.

Con estas acciones no solo quedó destruida toda la base material de los cátaros en Francia, sino también parte de la cultura de la región. Además, las tierras conquistadas por los cruzados pasaron definitivamente a la corona de Francia, desposeyendo al conde Raimundo VII de Toulouse. Los cátaros no quedaron, sin embargo, totalmente destruidos. Una parte de ellos sobrevivió en regiones aisladas de los Pirineos franceses hasta aproximadamente el 1330, mientras que subsistía en el norte de Italia un resto del catarismo, y algo en Sicilia hasta el primer cuarto del siglo XV.

La desaparición del catarismo no supuso el fin de su influencia espiritual que, de algún modo, valió para abrir el camino a otros movimientos en contra de la corrupción de Iglesia oficial de Roma, que tuvieron éxito un siglo más tarde: la Reforma protestante sobre todo. Y especialmente en suelo francés, los hugonotes pudieron sentirse herederos de los cátaros de los siglos anteriores cruelmente perseguidos por la Iglesia romana. Diversos autores han visto una pervivencia de ideas, o al menos del espíritu cátaro, en ciertas ramas de la masonería.

He aquí una síntesis de las ideas teológica principales de los cátaros y las de sus oponentes:

VENCIDOS	VENCEDORES
<ul style="list-style-type: none"> • Dualismo ontológico y cósmico radical: oposición esencial entre el Bien y el Mal, Luz y Tinieblas, Ser y Nada, Espíritu y Materia. • Existe una lucha continua entre el Bien y el Mal. • Hay dos universos: el Principio Bueno es el origen del universo espiritual, bueno. El Principio malvado es el origen del universo material, malo. • No existe la creación de este universo a partir de la nada, sino desde una sustancia previa, cuyo origen es oscuro, pero cuyo principio tiene que ser el Mal. • Los seres humanos surgen compuestos de alma, divina —preexistente, pues proviene de los ángeles— y de un cuerpo, mate- 	<ul style="list-style-type: none"> • No hay dualismo ontológico ni cósmico alguno. El Dios verdadero y único es el solo Señor de todo. • No hay lucha entre el Bien y el Mal, pues Satanás está supeditado al único Dios. • No hay dos universos, sino uno solo. Es constitutivamente bueno y ha sido creado por el Dios único. • La creación del universo único tuvo lugar a partir de la nada. • Los seres humanos han sido formados por el Dios único, compuestos de alma inmortal, pero no preexistente y de

<p>rial otorgado por Satán, la corporización del Principio del Mal. El universo material es malo.</p> <ul style="list-style-type: none">• Los perfectos han de llevar una vida ascética en la que se renuncia totalmente al sexo, como malo.• No existe el infierno eterno. Este consiste en estar aprisionado en la materia del universo satánico.• No existe más sacramento auténticamente válido que el <i>consolamentum</i>.	<p>cuerpo material, que en sí no es malo.</p> <ul style="list-style-type: none">• El sexo y el matrimonio no son malos en sí: han sido creados y ordenados por el Dios único.• El infierno existe, no está en este mundo y es eterno.• Entre los sacramentos verdaderos —instituidos por el Dios único— no hay lugar alguno para el <i>consolamentum</i>.
--	---

Un movimiento casi coetáneo de renovación eclesial: los valdenses



LOS movimientos de renovación no faltaron nunca en la Iglesia durante todo el Medioevo hasta el final de la época que consideramos en este libro: los siglos XII-XIV. Por razones prácticas y de espacio, vamos a fijar nuestra atención tan solo en un movimiento renovador de estos momentos finales del arco histórico contemplado en el presente libro.

Los **valdenses** formaron un movimiento reformador de laicos que apareció en la ciudad de Lyon, Francia, hacia el 1160; por tanto, son casi coetáneos con los cátaros. Su fundador —según cuenta la tradición— fue un comerciante de esa ciudad, Pedro Valdo, quien decidió cambiar radicalmente de vida al presenciar la muerte de un compañero de gremio que falleció repentinamente ante sus ojos. Otras leyendas hablan del impacto sobre él de las prédicas de ciertos monjes sobre la pobreza cristiana.

En principio los valdenses no son más que un grupo de laicos renovadores que con sus palabras llamaba vivamente la atención de los fieles sobre la corrupción de la vida interna de la Iglesia, y que buscaba reformarla. Su principio no era, pues, una divergencia doctrinal, sino una viva crítica al clero y a su modo de vida, y un intento público de practicar justamente lo opuesto. En opinión de los valdenses, lo opuesto era precisamente lo que había caracterizado a los primeros cristianos: una vida de pobreza y sencillez «de acuerdo con el Evangelio». Por eso se denominaron «Pobres de Lyon».

Al principio fueron los valdenses solo un grupo consecuente en torno a estas ideas, al que la alta jerarquía prestó poca atención y dejó

hacer. Pero luego, cuando el grupo de laicos se dedicó a la predicación —incluidas también las mujeres— para ganar adeptos para su modo rigorista y ascético de entender el cristianismo, esta decisión los convirtió de inmediato en enemigos de la Iglesia, puesto que no podía ya controlarlos, y en usurpadores de una de las funciones del clero, la predicación pública.

Los valdenses carecían en principio de doctrina propia. No se consideraron heterodoxos en modo alguno ni intentaron de hecho separarse de la comunión eclesial. Actuaban solo a la contra de la Iglesia, arrogándose atribuciones propias del clero además de la predicación: administraban, aun siendo laicos, los sacramentos, incluida la eucaristía, a la que entendían más como una comida en común con la fracción del pan al estilo de lo que se narra de los primeros cristianos en los Hechos de los Apóstoles (véase Hch 2, 42-46; 20, 7-11; 27, 35)¹⁷⁴ que como una transustanciación automática. Esta no se producía por sí de un modo mecánico, sino solo en la boca de aquellos que recibían el pan dignamente.

Del mismo modo bautizaban y declaraban absueltos los pecados por la confesión pública, y administraban la confirmación. De la impartición de estos sacramentos quedaban los sacerdotes ordinarios excluidos automáticamente, pues el clero incumplía con su mala vida los preceptos evangélicos: su mala vida hacía de ellos ministros ineficaces para administrar los ritos. En este punto de vista se asemejaban a los **novacianos** y sobre todo a los **donatistas** (véase p. 277 y s.). El rigor ascético llevó también a los valdenses, como en tantos casos anteriores, a promover los ayunos y a ver con malos ojos el sexo y el matrimonio, salvo que la intención fuera solo la procreación de hijos.

Los valdenses intentaron ser reconocidos como grupo eclesial legítimo por el papado en el siglo XII, pero no les fue posible. Por esta razón, muchos de ellos se unieron a los albigenses —que, como sabemos, es la denominación especial de los cátaros del sur de Francia, ya que su sede principal estaba en la región de Albi— o a los cátaros en general, en principio no en comunión con sus ideas, sino para luchar con-

¹⁷⁴ El más interesante es Hch 2, 46: «Diariamente acudían unánimemente al Templo, partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón.

tra la corrupción eclesiástica. Pero en poco tiempo debieron adoptar sus doctrinas, transformándose de puro movimiento de renovación en heterodoxos formales.

Muchos valdenses sufrieron con los cátaros el mismo destino de persecución y muerte. Otros se refugiaron en Suiza (el cantón de Vaud deriva su nombre de una mayoría de valdenses en esa zona) y acabaron siendo absorbidos en el siglo XVI por los calvinistas.